Globethics Repository



La guerra cultural entre Oriente y Occidente [The culture war between East and West]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Pellicani, Luciano
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-06 12:08:57
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220500

Nueva Sociedad Nro.119 Mayo- Junio 1992 , pp. 108-113

La guerra cultural entre Oriente y Occidente

Pellicani, Luciano

Luciano Pellicani: Sociólogo italiano. Docente de la Universidad de Roma. Director de Mondoperario. Este ensayo, y el de Krzysztof Gawlikowski, han sido publicados por Letra Internacional Nº 21/22, Madrid, y previamente por Mondoperario, Roma.

Es el pasado, la tradición cultural, lo que define la identidad histórica de las distintas civilizaciones. Por lo tanto, en el contacto con otras culturas las nuevas ideas se rechazan o seleccionan e incorporan a través de un largo proceso de asimilación. La civilización industrial, por primera vez en la historia, ha trastornado todos los límites, incluso los impuestos por los tradicionalistas

En esta lucha desesperada contra la modernidad, el factor religioso (real o artificial: como demuestran el Irán de Jomeini y de modo nada paradójico la Camboya de Pol Pot) adquiere una relevancia extrema y extremista. La revolución comunista en Rusia, por otra parte, fue precisamente una reacción celote (tradicionalista) a la modernidad.

Uno

En una de sus últimas entrevistas, Claude Lévi-Strauss declaró: «He comenzado a reflexionar en un momento en que nuestra cultura agredía a otras culturas, de las que, por ello, me he vuelto testigo y defensor. Ahora tengo la impresión de que el movimiento se ha invertido y que nuestra cultura está a la defensiva frente a las amenazas externas y en especial frente a la amenaza islámica. De golpe me siento etnológica y firmemente defensor de mi cultura».

En estas palabras se encuentra la clave para descifrar el significado del conflicto planetario en el cual están implicados sistemas de vida recíprocamente incompatibles que la implosión del mundo - el hecho de haberse convertido, a causa de la explosión de los medios de comunicación, en una «aldea mundial» - obliga a interactuar de manera cada vez más intensa.

Las raíces de esta guerra cultural son numerosas e intrincadas. Para individualizarlas, hace falta remontar la corriente del tiempo histórico y llegar a la época en que la expansión colonial europea alcanza su cenit y somete a las otras culturas a la irresistible presión alteradora de la civilización industrial.

Ninguna civilización - ni siquiera las dominadas por el proyecto de mantener incontaminadas sus tradiciones - es impermeable. Todas, más o menos, en el transcurso de su existencia histórica, han incorporado elementos ajenos, adaptándolos y asimilándolos. Exportan e importan bienes culturales. Son, pues, recíprocamente contagiosas, por así decirlo, en cuanto ninguna frontera cultural está herméticamente cerrada. Hay, en definitiva, intercambio continuo, y esto autoriza a decir que el diálogo es la ley que regula los vínculos entre las civilizaciones, las cuales, precisamente en la medida en que dialogan, tienen la posibilidad de enriquecerse acogiendo en su seno nuevas ideas, técnicas e instituciones. Ese diálogo - conviene precisarlo - no excluye conflictos desgarradores, auténticos duelos existenciales. Por el contrario, la historia certifica que a menudo los intercambios culturales se producen gracias al choque violento entre las civilizaciones. En este sentido se puede decir que la guerra ha sido un poderoso instrumento de comunicación y de hibridación cultural. Basta pensar en lo que Europa ha recibido de la civilización árabe-islámica en la época de las Cruzadas.

Por otra parte, no es menos cierto que toda civilización se niega a acoger aquellos bienes culturales que amenazan - o parecen amenazar - su identidad. La razón de esto es intuitiva: la ley de la continuidad domina la existencia histórica de las civilizaciones, éstas buscan mantener un sólido vínculo con su pasado, ya que es precisamente el pasado - la tradición cultural - lo que define su identidad. Un rápido y generalizado proceso de aculturación significaría, ni más ni menos, desnaturalizar una civilización, su extinción como entidad histórica distinta de las otras. De aquí el hecho de que a las civilizaciones les repugna la idea de una aculturación global. Ocurre así que los bienes culturales que una civilización toma en préstamo se seleccionan e incorporan cuidadosamente a través de un largo proceso de asimilación. Gracias a tal proceso de asimilación, una civilización se transforma poco a poco, sin desnaturalizarse no obstante a sí misma, es decir, manteniendo un contacto íntimo con su tradición y en particular con el núcleo esencial de su identidad que, en el fondo, es siempre de naturaleza religiosa. En efecto, cuando se dice civilización se dice, ante todo y sobre todo, un determinado complejo de valores colectivos vividos como permanentes e intocables, en una palabra, como sagrados. Esto es verdad incluso con referencia a la moderna civilización occidental, la cual - a pesar del hecho de que el proceso de secularización ha reducido a términos mínimos la juris-

dicción de lo sagrado - debe mucho más de lo que en general se piensa a la tradición cristiana. ¿Qué es, en el fondo, la ética kantiana sino un cristianismo sin dogmas? ¿Y qué pretendía decir Benedetto Croce, cuando escribía que «no podemos decirnos cristianos», sino que el cristianismo es uno de los ingredientes esenciales de nuestra civilización?

Dos

Lo que caracteriza fuertemente a la época en que vivimos es el hecho de que, por primera vez en la historia de la humanidad, ha surgido una civilización - la industrial - de carácter planetario. Todas las civilizaciones del pasado han actuado sobre un área geográfica delimitada. Al contrario, la civilización en y de la cual vivimos no conoce límites. Su potencia expansiva es ilimitada. Nacida, a través de una afanosa gestación, en aquel promontorio de Asia que se llama Europa, desde finales del siglo XV ha comenzado a desbordarse y a inundar, en etapas sucesivas, el mundo entero. El aspecto más preñado de consecuencias del proceso expansivo de la civilización euro-occidental no reside en el hecho de que, a medida que ha ido creciendo su equipamiento tecnológico, haya sometido bajo su dominio político-militar a buena parte del planeta Tierra, sino en el hecho de que está dotada de una potencia radioactiva fuera de lo común. Se trata de una civilización constitutivamente imperialista, cuya institución central es el mercado. El mercado no conoce fronteras: virtualmente es una institución planetaria que tiende a someter a su propia lógica todo lo que encuentra frente a sí y a trastornar intereses, creencias, instituciones, valores. Actúa como un alud cultural que crece sobre sí mismo. No es casual que Marx haya definido el capitalismo como una «revolución permanente» con vocación ecuménica. Por todas partes por donde ha penetrado, ha producido cataclísmicas mutaciones que no han perdonado nada ni a nadie. Gracias a su destructiva creatividad y a su dinamismo autopropulsor, todas las culturas extraeuropeas han sido englobadas en un único destino histórico y, precisamente por ello, han acabado encontrándose en un estado obsidional. Dicho de otra manera: la civilización occidental ha asediado literalmente a las otras civilizaciones y las ha colocado frente a un desafío de enormes proporciones, cuyo contenido puede resumirse así: encontrar una respuesta adecuada o bien transformarse en colonias culturales del centro capitalista.

Un proceso de esta clase - conviene repetirlo - es una novedad histórica absoluta. En el pasado ha habido civilizaciones dotadas de gran potencia radioactiva, capaces de irradiar su cultura más allá de su área geográfica. Pero ninguna de ellas ha poseído la capacidad de derramarse en todas partes y de extender su presión alte-

radora por el planeta entero. A esto debe añadirse el hecho de que ninguna de ellas ha poseído la capacidad de atacar el código genético, por así llamarlo, de las otras culturas. Y es precisamente la agresión cultural permanente lo que caracteriza las relaciones entre Occidente y Oriente en la actual fase histórica. Es verdad que ha salido de escena el colonialismo en su forma clásica, pero a pesar de ello las colonias y las subcolonias de un tiempo deben responder a un tremendo desafío. Se encuentran frente a una cultura alienígena que tiende a sumergirlas con su impresionante flujo de bienes, de mensajes, de valores, de técnicas, de instituciones.

Tres

En este punto, para descifrar el sentido del drama histórico en marcha, conviene recordar, aunque sea a breves rasgos, la teoría toynbiana de la agresión cultural.

Dice Toynbee: cuando dos civilizaciones se encuentran en el espacio, la que está dotada de mayor potencia radioactiva suscita en la otra una mutación radical en su actitud mimética, la cual se vuelca del interior al exterior. En otras palabras, la civilización «inferior» comienza a imitar el modo de vida ajeno, al que toma como modelo porque advierte su fascinación o porque se impone hacerlo para escapar a su humillante condición de inferioridad y, así, sustraerse a la amenaza de ser degradada al rango de colonia. Si este proceso mimético se pone pronto en movimiento, la sociedad «inferior» tiene la posibilidad de neutralizar la amenaza que viene del exterior, si bien la operación, naturalmente, no se presenta nada fácil desde el momento en que, para sincronizar su ritmo de desarrollo con el de la civilización «superior», debe aportar modificaciones rápidas y radicales a su organización interna y a su específico estilo de vida. En otras palabras, una respuesta eficaz al desafío externo debe por fuerza pasar a través de una pronta adaptación institucional, comparable a una dolorosa intervención quirúrgica. Ejemplo clásico: la llamada «revolución Meiji», gracias a la cual Japón, trasplantando a su organismo algunos elementos culturales ajenos, logró conjurar el peligro de ser degradado al rango de colonia del sistema occidental.

Hasta aquí el encuentro entre dos civilizaciones no presenta especiales problemas: la sometida a las radiaciones alienígenas, adaptándose a las condiciones que la otra impone, puede continuar desarrollándose armónicamente manteniendo intactas - incluso acrecentando - sus capacidades de autodeterminación y de control del ambiente. Si no, puede ocurrir que la sociedad embestida por las radiaciones culturales ajenas se encuentre en un estado de desintegración o, por lo menos, de decadencia, o bien que sus estructuras de base manifiesten una rigidez que haga impo-

sible una respuesta adaptativa pronta y eficaz. En este caso la difusión cultural se transforma en un auténtico drama histórico.

En efecto, el primer impulso de la sociedad agredida será el de oponer una pertinaz y enconada resistencia a la intrusión de la cultura alienígena, que percibirá como una desnaturalización de su identidad espiritual. Simultáneamente, el impacto se resolverá en una difracción de la cultura radioactiva, cuyos elementos adquirirán, por eso mismo, velocidad y poder de penetración diferenciados. En otras palabras, el estado de desintegración de la cultura agredida y su encarnizada resistencia impedirán un proceso gradual y armónico de aculturación. Al contrario, en el cuerpo de la sociedad sometida a la presión externa penetrarán fragmentos culturales aislados, cuyos efectos de largo alcance no podrán ser adecuadamente controlados.

En este punto Toynbee formula tres leyes o generalizaciones empíricas. La primera es que el poder de penetración de un elemento cultural es proporcional al grado de su futilidad y superficialidad. Esta es una ley siniestra, pues quiere decir que la sociedad agredida, en la imposibilidad objetiva de sustraerse completamente a la influencia de la cultura radioactiva, acabará por aceptar aquellos elementos que le parezcan más fáciles de imitar o menos indeseables. Así, el proceso de aculturación forzosa no sólo producirá el fenómeno de la difracción, sino que llevará también a una selección al revés. Resultado: serán los elementos culturales de rango inferior los que penetren, con consecuencias devastadoras, en el cuerpo de la sociedad agredida.

En efecto - y esta es la segunda ley de la agresión cultural -, un elemento cultural que ha sido innocuo o realmente benéfico en el cuerpo social en el que se siente como en su casa, tiende a producir nuevos y devastadores efectos en un cuerpo social en el que se ha alojado como un intruso exótico y aislado. Sigue la tercera ley, la cual dice que la característica específica de la radiación-recepción cultural es que «una cosa tira a la otra» en cuanto una cultura es un sistema, cuyos elementos están interrelacionados entre sí. De manera que los esfuerzos de la sociedad agredida para impedir la penetración de elementos culturales no queridos están condenados al fracaso. Una vez puesto en movimiento, el proceso de aculturación es imparable y los intentos de los agredidos de frenarlo no tendrán otro resultado que el de volver más dolorosa la situación.

Cuando se hace manifiesto que la penetración cultural es imparable y que las mismas capacidades de autodeterminación de la sociedad sometida a las radiaciones

alienígenas están en duda, nace el «partido herodiano», es decir, el partido de los que adoptan una actitud opuesta a la de los «celotes»: más que rechazar obstinadamente la cultura ajena, los herodianos se hacen defensores de una general y programada aculturación. Para impedir la colonización forzosa, se prodigan para estimular una especie de autocolonización. Pero tal autocolonización sólo puede constituir, según la mirada fundamentalista de los celotes , el camino principal que conduce a la destrucción de las especificaciones espirituales de la sociedad agredida. De ahí el inevitable duelo existencial entre los modernizadores y los tradicionalistas. Para los primeros, la salvación puede encontrarse sólo a través de la apertura de la comunidad nacional a la influencia ajena; para los segundos, al contrario, todo lo que viene del exterior es el mal y, consecuentemente, la salvación exige el cierre hermético de las fronteras culturales.

Cuatro

El análisis de Toynbee de la invasión cultural es ideal-típico, pero deja entrever el material empírico sobre el cual ha trabajado para inferir sus leyes. Lo que él describe es sobre todo, aunque no exclusivamente, la penetración cultural de la civilización moderna en los países orientales y los efectos trastornadores que ha producido. Una penetración que no se ha limitado a destrozar las instituciones, los usos y los valores que ha encontrado a su paso, sino que también ha desgarrado a los hombres, privándolos de su hábitat ancestral y condenándolos a vivir en un mundo que se ha transformado progresivamente en una realidad extraña y, en definitiva, hostil. Dicho de otra manera, el capitalismo, agrediendo a las culturas situadas fuera de su área de desarrollo endógeno, ha desarraigado a millones de hombres, transformándolos en una única y gigantesca masa alienada y, por eso mismo, resentida. Estos millones de individuos - dispersos en todas las áreas culturales donde el mercado capitalista y el tipo de cultura que con éste y gracias a éste ha nacido, se han presentado como una imparable fuerza exógena dotada de una «monstruosa» potencia destructiva -, constituyen desde hace varias generaciones el «proletariado externo» de la civilización occidental.

Todo esto significa que el contacto permanente entre la modernidad y las sociedades extraoccidentales ha tenido tales y tan perversos efectos en estas últimas que puede y debe hablarse de catástrofe natural inducida, generada precisamente por la intrusión disgregadora del mercado capitalista, que ha determinado una especie de clochardisation de los pueblos del Tercer Mundo. En efecto, mientras en el orden tradicional de las sociedades asiáticas y africanas el mercado tenía funciones secundarias con respecto a los problemas de la existencia, con el proceso de acultu-

ración forzada la existencia de los hombres y sus exigencias materiales y morales se han vuelto secundarias con respecto al mercado. Esto ha «liberado» a los colonizados de los vínculos comunitarios para someterlos a las impersonales leyes de la competencia y del provecho. Tal «liberación» y la consiguiente escisión entre la esfera económica y las otras esferas de la vida social han determinado la alienación de los colonizados con respecto al trabajo, a la comunidad de pertenencia y a la cultura ancestral.

El proceso de separación institucional entre lo económico y lo social ha producido consecuencias económicas también en Europa. Pero, después de décadas de luchas, el «proletariado interno» ha logrado sustraerse de la humillante condición de paria de la sociedad burguesa gracias al espectacular crecimiento económico y a las instituciones de reintegración y de tutela creadas por los sindicatos y por los partidos socialistas. Por el contrario, en los países del Tercer Mundo los costos humanos de la intrusión del mercado autorregulado en los tejidos vitales de las comunidades tradicionales han sido amplificados por la heterogeneidad cultural existente entre los agresores y los agredidos. La explotación de la mano de obra por parte de los invasores ha sido más o menos intensa según las circunstancias históricas específicas, pero siempre y de cualquier modo, atroz, desde el momento en que no había ese mínimo de solidaridad nacional entre las clases dirigentes y las clases subalternas que, en cierta medida, había atenuado sus efectos negativos en Europa. En los países colonizados, por obvias razones, no podía haber ninguna forma de identificación afectiva y de comunicación moral entre los explotadores y los explotados, con excepción de la basada en la tutela paternalista nutrida de hipocresía. La «misión del hombre blanco» fue la fórmula retórica con la cual los europeos enmascararon durante generaciones la degradación humana de los pueblos colonizados, considerados naturalmente inferiores y por lo tanto con necesidad de ser sometidos a una disciplina exterior.

Cinco

Con la ayuda del magistral análisis de Toynbee estamos ahora en condiciones de comprender por qué está en marcha, y no desde ayer, una auténtica guerra cultural entre Occidente y aquellos países en los que ha predominado el partido de los celotes, defensores a ultranza de las tradiciones nacionales. El ejemplo más transparente de reacción celote contra la Modernidad lo constituye la revolución iraní, auténtico llamamiento a las armas contra el espíritu de la civilización occidental que Jomeini no vaciló en presentar como el Gran Demonio. Jomeini había percibido con suma lucidez que la modernización económica y tecnológica que pretendía el sha

Reza Palevi, no se habría limitado a aumentar las capacidades productivas de su país, sino que habría terminado por abrir las puertas de la secularización cultural, bastardeando progresivamente la tradición religiosa, con el resultado de que habría quedado agredido el corazón de la identidad iraní. Por lo tanto, hacía falta detener el proceso de intrusión de la civilización moderna antes de que fuese demasiado tarde, es decir, antes de que tras las formas económicas y técnicas típicas de Occidente llegasen a los modos de pensar y de juzgar a ellas conectados. Y le pareció que la única estrategia idónea para alejar la perspectiva de la pérdida de identidad de su pueblo era la de elevar una impenetrable barrera defensiva, de modo que la intrusión de los elementos culturales ajenos resultase imposible. Por añadidura, desde el momento en que la «infección occidental» ya había afectado a la sociedad iraní, proclamó enérgicamente la necesidad de una política de «purificación» basada en el imperativo ético-religioso de castigar despiadadamente a aquellos que portaban el mal. Objetivo declarado: expulsar todo lo que contaminaba al pueblo iraní y restaurar la plena vigencia de la tradición sagrada e intocable. En una palabra, detener el proceso de modernización y de secularización, rechazando lo que de un modo u otro se presentaba como expresión de la civilización occidental.

No menos instructivo ha sido el modus operandi de la revolución camboyana. También ésta fue una reacción totalitaria contra la Modernidad. Lo que el Angkar se proponía hacer era restaurar el modelo de «la sociedad cerrada» eliminando de Camboya los elementos culturales que la colonización occidental había depositado allí: el mercado, el individualismo, el politeísmo axiológico, el pluralismo político. Por cierto, el despiadado y delirante experimento de Pol Pot fue realizado bajo la enseña del progresismo comunista. Pero tal progresismo, si se mira bien, fue sólo una máscara, tras la cual actuaba el resentimiento nacionalista de una élite proletarizada por la colonización cultural, élite que había aprendido de la izquierda marxista-leninista que la salvación de los «condenados de la Tierra» exigía la erradicación de todo lo que estaba ligado al capitalismo y al liberalismo.

No se puede decir que la revolución camboyana constituya un fenómeno sui generis. Al contrario, con su extremismo antimodernizante ha traído a la luz el sentido profundo de la revolución comunista, la cual ha sido, ante todo y sobre todo, una reacción celote contra la civilización moderna. Todos los valores y las instituciones de base de la modernidad - la competencia, el contrato, la libertad individual, la democracia representativa, el racionalismo iluminista, etc. -, han sido llevados a cabo ante el weltgericht (tribunal mundial) y condenados à jamais en cuanto manifestaciones de una organización de la sociedad antinatural y perversa. Esto explica

por qué la propaganda soviética no ha vacilado en utilizar la fórmula ideológica «podrido Occidente» tan del gusto de los celotes rusos que han pasado a la historia con el nombre de eslavófilos. Esa fórmula, en realidad, expresaba bastante bien el ánimo radicalmente hostil de la cultura comunista en relación con Occidente y su determinación de reunir en un único ejército revolucionario al proletariado interno y al proletariado externo - los «condenados de la Tierra» -, con el expreso fin de arrasar la civilización moderna. No es casual que Anton Pannekock viera en la revolución bolchevique la primera reacción asiática contra la dominación europea. Gracias a ella, en efecto, las partes del drama histórico en el que estamos aún envueltos se han invertido: el agredido se ha transformado en agresor y viceversa. Esto resultará transparente si se tiene en cuenta que Rusia ha constituido siempre una civilización hermana de la civilización occidental, a pesar de sus diferencias; una civilización centrada en la ortodoxia religiosa, el colectivismo espiritual y el predominio del Estado sobre la sociedad civil, la cual, sometida a la humillante presión cultural de Europa, ha vivido a partir del siglo XIX la perspectiva de la occidentalización como un verdadero atentado a su identidad espiritual.

Durante setenta años, la Rusia soviética ha creído haber encontrado el secreto para importar el know-how de la civilización occidental evitando ser contagiada por su espíritu animador. Al contrario, en cierto momento - a partir de la revolución estalinista - ha llegado a la orgullosa convicción de haber ideado la fórmula mágica - la planificación económica - para desarrollar sin límite las fuerzas productivas y para crear una organización social técnica y moralmente superior a la capitalista. Por añadidura, tal convicción ha subyugado a las élites del Tercer Mundo, induciéndolas a pensar que había un camino para llegar a la sociedad industrial que permitía evitar la adopción de las instituciones de la civilización por la cual se sentían agredidos. Sin embargo, esta convicción se ha revelado como una ilusión catastrófica. El modo de producción centrado en el plan único ha aparecido tal cual es: una antieconomía estructuralmente incapaz de garantizar la utilización racional de los recursos escasos. Y esto coloca a los pueblos africanos y asiáticos frente a una opción ineludible: o ir a la escuela de Occidente con el deliberado objetivo de autocolonizarse, o bien rechazar toda contaminación cultural y, así, permanecer en el pantano de la miseria y de la dependencia tecnológica, científica y económica.

Toynbee, pues, había visto bien cuando decía que no era posible una aculturación material sin una aculturación espiritual. Y esto, en definitiva, significa que hay sólo un modo de industrializase, adoptando las instituciones de base de la modernidad: el mercado ante todo y, con el mercado, la autonomía de la sociedad civil, el pluralismo político y la secularización. Pero occidentalizarse significa, para las socieda-

des orientales, romper con el pasado, romper todo vínculo con las propias tradiciones, perder, en una palabra, la identidad espiritual para confluir en el álveo de la modernidad.

En fin, aceptar como un hecho positivo y de todos modos ineludible, aquella perspectiva que Trubeckoi, en los años veinte, no vaciló en llamar la «pesadilla de la europeización universal».

Así las cosas, el «insomnio del mundo» no parece destinado a terminar. Nada nos autoriza a pensar que estamos en la vigilia del advenimiento de aquel orden planetario pacífico y democrático del que ha hablado recientemente Francis Fukuyama. Al contrario, es legítimo pensar que la guerra cultural no cesará hasta que la agresión occidental ocupe la escena mundial, colocando al proletariado externo frente a una opción ineludible y repugnante al mismo tiempo.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 119 Mayo-Junio de 1992, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**